La amistad

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

Muchas veces tomamos muy a la ligera las cosas más importantes de la vida. Una de éstas es el verdadero significado de la amistad. Hablamos corrientemente de nuestros numerosos amigos, pero ¿son esas personas verdaderamente amigos? Colocamos a nuestra esposa e hijos en el automóvil de la familia y nos vamos a pasar la noche con los Fulanos o los Zutanos. ¿Los consideramos amigos a causa de la hospitalidad que nos brindan?

El hombre que viaja junto con nosotros cada mañana mientras nos dirigimos al trabajo, y conversa amablemente con nosotros acerca de las cosas del día, ¿es nuestro amigo? Muchas personas hablan de esas relaciones sociales y cordiales como si fueran verdadera amistad.

Es cuestión de simple observación el ver que muchas personas acostumbran hacer referencia a quienes los reciben de manera agradable, como si fueran amigos. La mesonera atenta, el amable operador del ascensor, el sonriente empleado de la estación de gasolina, ¿son individuos a quienes clasificamos como amigos? La amistad va mucho más adentro, es más profunda que la compatibilidad y la cordialidad. Si hemos de conocer a nuestros verdaderos amigos, es necesario primero distinguir entre los conocidos y los amigos.

Las relaciones de simple conocimiento se establecen con facilidad. El encontrar a alguien con frecuencia y pasar parte del día con él, o saludarlo, no hace más que distinguir a esa persona de cualquier extraño. La demostración de agrado en esos contactos ocasionales puede sugerir una personalidad grata. Sin embargo, no revela el verdadero carácter del individuo. ¿Son esos conocidos gentes honestas, son gentes moderadas, dignas de confianza, tienen ideales valiosos, tienen resolución? Esta información sólo puede proceder de un contacto íntimo con los individuos durante varios años. Si no sabemos estas cosas, estamos atribuyendo virtudes ignoradas a personas que apenas conocemos y a quienes llamamos *amigos.*

¿Para qué deseamos amigos? ¿Para que nos brinden su compañía? Sí, pero también por otras razones. Necesitamos un individuo que no solamente comparta nuestros momentos felices, sino que también sea firme con nosotros en nuestras horas de desgracia. Queremos a alguien que no solamente reciba lo que tenemos para ofrecer, sino que amablemente dé cuando tenemos necesidad. Un amigo es alguien que nos quiere por lo que somos y no por lo que tenemos. Un amigo debe conocernos lo bastante para no desilusionarse con facilidad por algo que digamos o hagamos.

Todos los humanos consciente o inconscientemente, desempeñan un papel en presencia de los demás. Todos comprenden bien los esparcimientos sociales o lo que esperamos de la gente en las conversaciones o en los convencionalismos. Aparentemente, un hombre o una mujer es un caballero o una dama porque hace ésto o aquéllo. Por lo tanto, casi todos

nosotros somos lo suficientemente cuidadosos, especialmente en presencia de aquellos a quienes no conocemos bien, para mostrarnos de manera apreciable y digna.

Por consiguiente, nuestra personalidad social no siempre indica cómo son nuestros verdaderos seres. Esa conducta artificial puede crear muchas veces una gran cantidad de conocidos, gentes que pueden gustar de encontrarse con nosotros de vez en cuando, por breves momentos. ¿Esas mismas personas hablarían bien de nosotros si nos conocieran mejor? ¿Se desilusionarían mucho si nos cogieran fuera de guardia y nos clasificaran como vulgares en nuestra habla y rudos en nuestras maneras? Esos conocidos, llamados con frecuencia amigos, nos desertarían con facilidad, sean cuales fueren las buenas cualidades que podamos poseer.

Amigo es aquél que, por un largo trato bajo diversas condiciones y circunstancias, nos conoce. El sabe bien cuáles son las debilidades de nuestro carácter y de nuestra personalidad. Sin embargo, tiene también clara conciencia de nuestros rasgos admirables que, en su opinión, pesan más que los otros. Amigo es aquél que no explotaría nuestras debilidades ni nos comprometería. Amigo es aquél que no nos pondría en ningún embarazo al señalar que él no padece de idiosincrasias semejantes a las nuestras.

Aquél que conviene en sus propias deficiencias y llega a tener por nosotros un sentimiento de igualdad y, por consiguiente, un lazo de simpatía. Puesto que un amigo nos conoce y nos ama por lo que somos, en todos los momentos tratará de cultivar lo mejor que hay en nosotros. Proceder de otra manera, y él lo sabe, destruiría la *verdadera persona* por quien él siente afecto. El tratará de guiarnos reguardándonos de aquellos estados o elementos que son una tentación para la peor parte de nosotros mismos.

Simples conocidos

Los conocidos no tienen interés por nosotros como individuos, sino como *influencias* o como fuente de recursos. Los conocidos alaban nuestras debilidades y así, dándonos un placer momentáneo, nos llevan a corresponder de igual manera, dando nosotros algo. Más de un hombre vanidoso, de influencia material, ha sido inducido a creer que tiene muchísimos amigos. Individuos egoístas han comprendido bien su debilidad; han halagado su amor por la lisonja y han aceptado, a su vez, las concesiones que él les otorgó. Ciegos para su propia debilidad, esos individuos han interpretado tales indulgencias como señales de amistad. Semejante persona se asombra y se preocupa más tarde, cuando sus “amigos” lo abandonan, si ya no está en posición de conceder favores.

Si se admite que un simple conocido no tiene las calificaciones de un verdadero amigo ¿cómo entonces se alcanza éste? Uno no elige sus amigos, porque no exista un grupo especial de personas para elegir entre ellas. Uno tiene que *hacer* o cultivar sus amigos, entre aquellas personas cuyo trato frecuenta. Para hacer un amigo, uno comienza consigo mismo. Es necesario que conozcamos qué es lo que deseamos en otra persona, y para ésto, tenemos que empezar por evaluarnos nosotros mismos.

Si tenemos la inclinación de ser indolentes o perezosos, indudablemente que no queremos asociarnos con personas de inclinaciones semejantes. Si somos honrados con nosotros mismos, admitiremos en nuestro fuero interno nuestra propia debilidad. Como nos es difícil dominar esas deficiencias de carácter, por lo menos no queremos exagerarlas asociándonos con alguien de la misma tendencia. Por lo tanto, el aspecto *negativo* al hacer una amistad, es evitar asociarse con personas que aumenten nuestras debilidades.

El aspecto *positivo* al hacer amigos es elegir entre el inventario de nuestra propia naturaleza, aquellas cosas que nos interesan y que más contribuyen a nuestro bienestar. ¿Qué es lo que nos gusta hacer? ¿Qué actividades creadoras culturales tenemos que realcen nuestra personalidad, nuestra mentalidad o nuestra posición social? Quizás la música o el arte. Quizás nos gustan los animales o somos aficionados al radio. Si llegamos conscientemente a esta resolución, estamos ya listos para el próximo paso.

Seamos francos

Nos ocuparemos de buscar personas que tengan un interés correspondiente al que hemos elegido y que nos produce no solamente placer y ganancias materiales, sino también el crecimiento y desarrollo de nuestro *carácter*. Conozcamos a esas personas. Frecuentemos su trato. No tratemos de imponernos a los demás. Algunas personas son introvertidas. Viven principalmente en un mundo que ellas propias se fabrican. Para estas personas, es difícil adaptarse con prontitud a otros. Esas personas se sienten confusas en las reuniones y ante la exuberancia del carácter de otras.

Demos al individuo una oportunidad de conocernos y de aceptarnos. Una actitud demasiado agresiva para con los demás produce al principio algo de sospecha de nuestras intenciones. Si procedemos así, los estamos rechazando y se harán reacios a hablar o a mostrarnos su verdadera personalidad. Cuando conozcamos a semejantes personas, *seamos como nosotros somos.* De la misma manera que deseamos descubrir cómo son ellos, así debemos permitirles descubrir nuestra verdadera personalidad.

No abandonemos nuestra categoría intelectual o social. No pretendamos saber algo que no sabemos, ni tener relaciones, influencia o posición social que no poseamos. Es difícil vivir de acuerdo con la mentira. El actor más hábil halla dificultades para representar su papel indefinidamente. La verdadera personalidad tarde o temprano surge. Una vez que una persona descubre que no somos lo que tratamos de aparentar, perderá toda confianza en nosotros.

Lealtad

Cuando hayamos localizado a una persona que tiene intereses valiosos semejantes a los nuestros y que no posee condiciones indeseables, entonces hemos hecho algún progreso en adquirir un amigo. Este posible amigo puede, desde luego, tener algunas debilidades propias; todos las tenemos.

Si esas no corresponden con las nuestras, y no son demasiado serias, moral o psicológicamente hablando, entonces son aceptables. Hay ciertos elementos en la amistad que solamente el tiempo podrá revelar. De éstos, el más importante es la *lealtad.* La lealtad implica *sacrificios.* ¿Estará pronta esa persona a padecer incomodidades y hasta adversidades, si fuere necesario, para conservar nuestra amistad?

Cuando hayamos desarrollado un conocimiento bastante firme con el posible amigo, podríamos someterlo a una pequeña prueba. Pidámosle que haga por nosotros alguna cosa que implique alguna ligera incomodidad para él, tal como el encontrarse con nosotros en algún momento que él ordinariamente emplea en otra cosa. Sin embargo, no debemos pedirle dinero ni ninguna cosa que él aprecie, como prestarnos un automóvil, una cámara de fotografía, o alguna otra cosa semejante. Recordemos que el individuo todavía no es nuestro amigo y que no nos conoce bien. El podría temer confiarnos su propiedad y nuestra petición podría situarlo en posición embarazosa. Podría inmediatamente enfriarse en su trato con nosotros y esquivarnos para evitar semejantes solicitudes.

También nosotros debemos manifestar lealtad y estar listos al sacrificio. Es una función mutua y *bilateral* de amistad. En la amistad tenemos que dar y también tomar. La mejor manera de manifestar estas cualidades es por medio del *servicio.* Ayudemos y seamos útiles. Debemos ofrecer en el sitio y momento oportuno lo que fuere necesario. Pero no actuemos como amos. No estemos continuamente haciendo regalos e invitando a comer a la misma persona. Semejante conducta es embarazosa para quien recibe esos favores y lo hace sentirse demasiado obligado para con nosotros.

Puede llevarlo hasta a sospechar algún motivo ulterior por parte nuestra. Seamos considerados con nuestros amigos. Pensemos en ellos tomando como base nuestros propios sentimientos personales. ¿Nos gustaría que nos trataran como nosotros los tratamos? Nunca debemos abusar de un amigo. Evitemos pedirle que haga cosas para que pruebe su amistad y nunca explotemos su buena voluntad en presencia de otros. ¿Son difíciles todas estas circunstancias? ¿Parece una ardua tarea la creación de un amigo? Indudablemente, no es fácil formar amigos. Como muchas veces se ha dicho, ellos son “pocos y dispersos”. El hombre que posee un verdadero amigo tiene un tesoro. Quien pueda contar sus verdaderos amigos con los dedos de una mano, es tan rico como Creso.